

# El humanismo en época de pandemia

Por: León Darío Arboleda Garzón. MD.  
Epidemiólogo Gerontólogo

Quisiera comenzar esta reflexión sobre la pandemia ocasionada por el Coronavirus desde diciembre de 2019, cuando comenzó su manifestación en Wuhan China, a la fecha de producción de este artículo 02 de mayo de 2020, citando el epílogo de la novela La Peste de Albert Camus, publicada en 1947:

“Oyendo los gritos de alegría que subían de la Ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría está siempre amenazada, pues él sabía que esta muchedumbre dichosa ignoraba lo que se puede leer en los libros, que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa”.

Hace referencia este ilustre escritor a la peste negra, o peste bubónica que es transmitida por la bacteria *Yersinia Pestis* (entre otras bacterias como la leptospira y la salmonela), cuyo portador es la pulga de los roedores, pandemia que desoló a Europa y parte de Asia, produciendo la muerte a casi la mitad de la población europea en el siglo XIV, y que continuó su efecto endémico y de letalidad por más de cuatrocientos años.

Y qué decir de la Fiebre o Gripe Española que en 1918 produjo la muerte de 70 millones de personas en este continente y parte de Norteamérica.

Albert Camus, nos representa en su genial escrito, algo que está sucediendo en nuestro siglo XXI: el Coronavirus está, y seguirá en nuestro mundo, y que cuando la “ciudad dichosa” gozaba de los deleites del mundo postmoderno, el virus despertó para desgracia y enseñanza de los hombres, se ha asentado en los muebles, pañuelos y papeles, produciendo la actual crisis de salud mundial, y que a diferencia del poder y velocidad de transmisión de la Peste Negra que tardó decenios y siglos para desolar a Europa, este virus lo ha hecho a la velocidad del avión, los barcos y navíos, en días y horas de un lado al otro de nuestro planeta.

Pero gracias a los conocimientos científicos y al desarrollo de la epidemiología moderna, con la misma velocidad con que se expandió, se enfrentó con las medidas de preparación, contención y mitigación, con las características propias de cada país desde el punto de vista político y económico; de tal forma que llevó al Director de la Organización Mundial de la Salud (OMS), Doctor Tedros Adhanom a pronunciarse así: “ El Coronavirus es una pandemia por su velocidad y escala de transmisión y por la falta de compromiso político en algunos países para controlarlo a pesar de las advertencias”.

Dicha consideración, nos aventura a pensar que habrá gobiernos que pasarán a la historia como negligentes, por no decir incompetentes, por la tardanza en la toma de medidas y recomendaciones de los científicos en medicina interna, infectología, epidemiología y salud pública.

Basta mirar y observar la evolución abrupta de la enfermedad con brotes inesperados, y con una tasa de mortalidad y letalidad entre 2.5 y 4.5 %, como está sucediendo en Italia, España, Ecuador, Brasil y Estados Unidos, lo cual nos lleva a repensar la clase de gobiernos que rigen los destinos de nuestros pueblos en el mundo “desarrollado” y “subdesarrollado”, donde no tienen suficiente peso los “determinantes sociales”, sino el poco grado o nivel de inteligencia, soberbia y la maledicencia de quienes nos gobiernan.

Basta leer la historia en todas sus épocas , y desde la epidemia de Justiniano a la fecha para observar el proceso salud-enfermedad, en todas sus formas dinámicas, evolutivas y temporales, para no caer en la displicencia, minimización de riesgos y observación actuarial, estadística y epidemiológica, sobre todo en una época donde creemos tenerlo todo, controlarlo todo con medios externos, físicos y químicos desconociendo lo comportamental, la conducta y el modus vivendi de los grupos humanos, y por sobre todo los aspectos demográficos de las comunidades, su calidad de vida y la solución a aquellos determinantes sociales que hay que resolver con urgencia en sociedades supremamente desiguales, con altos niveles de pobreza, desempleo, desnutrición, enfermedades crónicas, altos niveles de incidencia y prevalencia de enfermedades infecciosas, poca accesibilidad a los servicios de salud con oportunidad, eficiencia, eficacia e igualdad de desarrollo en ayudas diagnósticas, de tratamiento y quirúrgicas.

Surge de inmediato una reflexión necesaria sobre la dicotomía de elegir la supremacía de la salud y la vida para fortalecer la economía, o darle primacía a la economía sobre la salud y la vida. Sin vida y salud no hay crecimiento económico, buena producción y óptimo desarrollo social. La resolución de los determinantes sociales es materia de salud pública y gubernamental. Esto nos obliga a replantear los intereses nacionales basados en un binomio de salud y economía sin detrimento de lo prioritario: la salud.

Si algo nos ha enseñado esta pandemia, es valorar la vida y la salud como la base fundamental del humanismo; nos ha obligado a replantear y analizar el atraso en inversión en salud de más de 60 años de historia de violencia del país, que ha priorizado la inversión en la seguridad nacional y ha dificultado desarrollar la solución pronta de los determinantes sociales que afectan a la población.

La pandemia nos evidenció el atraso en equipamientos, desarrollo estructural y locativo del sistema de salud colombiano, reluciendo la escasez y la falta de implementos tecnológicos, y una correcta sistematización de servicios que ante todo sean accesibles para casos críticos, máxime en tiempos como los actuales donde el mundo, Colombia y Antioquia afrontan la más delicada crisis de salud pública en varias décadas de historia.

Ha surgido la necesidad de filosofar sobre el porqué de la vida y la existencia, ¿para qué estamos en este planeta?, cómo hemos afectado el medio ambiente, el entorno familiar y la sociedad.

El confinamiento nos ha puesto en evidencia que si no hemos amado de verdad nuestras libertades, nuestro planeta, nuestro prójimo, nuestras familias, nuestro ambiente laboral, social y político; llegó la hora de enderezar el camino, buscar desarrollar una "sociedad de los afectos", una sociedad llena de relaciones de empatía, de solidaridad y de respeto con nosotros mismos, con los demás, y ante todo respeto por la vida, don supremo de la humanidad.

Cómo ha impactado el confinamiento en el mejoramiento de la calidad del aire, hasta el punto que en solo treinta días del mes de abril de 2020, se disminuyó en 70.000, los casos de muerte en China por problemas de contaminación, y qué decir del agua, nuestra agua, el precioso líquido ha mejorado en nuestras fuentes hídricas con la disminución de la contaminación industrial. El planeta lo necesitaba, y el virus nos lo ha enseñado.

También hemos tenido que reflexionar sobre los criterios éticos, la bioética, el cuidado de la línea tan delgada entre la vida y la muerte.

La creación de Comités de Ética Médica e Investigación al cuidado del paciente en estado crítico en tiempos de pandemia, nos ha obligado a repensar la vida y la muerte, con un análisis muy humano en la toma de decisiones. Nos ha invitado a establecer una hermenéutica para la atención de emergencia en salud, disponer de protocolos de intervención psicológica como primeros auxilios en tiempos de epidemia y catástrofes.

Hemos creado un sinnúmero de definición de protocolos en urgencias, cirugía, cuidados intensivos, hospitalización, bioseguridad, servicios generales etc., específicos para una atención especial en tiempos de crisis. Y qué decir del compromiso de los héroes, el personal sanitario, batallando contra el virus, luchando por la vida de nuestros pacientes, y exponiendo sus vidas, a tal punto que varios han fallecido en el campo de batalla, nuestros hospitales.

La Historia nos va a medir y evaluar a los seres humanos, no por las muertes, no por el desarrollo de grandes descubrimientos en tratamientos, entre ellos el desarrollo probable de la vacuna; sino por la capacidad de resiliencia que tengamos, la solidaridad, el cambio de conductas y el respeto definitivo por la vida en todas sus manifestaciones, lo que implica el desarrollo de un nuevo contrato social que nos permita frenar las desigualdades sociales, la consecución de la paz interior, social y política.

Es la hora del cambio, porque si no, reiremos y gozaremos, esperando el día en que la peste para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en un mundo falsamente dichoso.

